

**LARRAMENDI
UN GUIPUZCOANO TRASPLANTADO Y VUELTO
A IMPLANTAR**

Andoain, 23-XII-1990

*J. Ignacio Tellechea Idigoras
Catedrático de la Universidad
Pontificia de Salamanca*

En las fichas biográficas suele anotarse la vida de un hombre entre dos paréntesis, señalando la fecha de nacimiento y la de la muerte. Larramendi nació en el caserío Garagorri de Andoain el 24 de diciembre de 1690 —mañana se cumplirá el III Centenario de su nacimiento—, y murió en Loyola el 29 de enero de 1766. Tuvo, pues una vida relativamente larga, pues cumplió los 75 años. Todos tenemos, o tendremos, ese paréntesis cerrado un día. Mas, lo importante no es el hecho biológico de vivir y alentar, sino lo que cada uno ponemos dentro de esas dos fechas señaladas. También es verdad que el corto paréntesis de la vida de un hombre concreto se inscribe dentro de un paréntesis más amplio de la historia general, no ya de la Humanidad entera, que es demasiada y muy compleja historia, sino del ámbito más cercano en que se desenvuelve la vida del hombre, en el caso de Larramendi, en la historia de Guipúzcoa, de España y de Europa.

En mi corta intervención de esta mañana no voy a aburrirlos con datos y fechas que vayan jalonando la vida de Larramendi, ni siquiera con la enumeración de episodios de su vida, hoy ya conocidos gracias a la documentación que he ido publicando. Sí quisiera decir algo sobre la época en que le tocó vivir y considerar, a vista de pájaro, el curso de su vida.

* * *

Su vida se sitúa a caballo entre dos siglos, dos siglos bien diferenciados, el XVII y el XVIII. En el primero asistimos al final de una época, caracterizada sobre todo por el desgarrón religioso sufrido por Europa, y por el descubrimiento de América. El segundo es llamado, no en vano, el siglo de las Luces, y representa un modo nuevo de pensar y actuar,

simbolizado por la Enciclopedia, y con variantes muy interesantes en cada uno de los países europeos. Sería ingenuo canonizar el año 1700 como la línea divisoria entre dos épocas, ya que las evoluciones culturales nada tienen que ver con las evoluciones de nuestro planeta en torno al sol. Además, modernamente desde los estudios de Paul Hazard, empieza a admitirse que los primeros síntomas de renovación datan de las dos últimas décadas del siglo XVII, esto es de 1680 en adelante, a pesar de la grave crisis económica que afectó a Europa. Eso quiere decir que la vida de Larramendi transcurre bajo el signo de la nueva época, y que al final de su vida, de 1750 a 1762, coincide con las manifestaciones más claras de la nueva cultura.

En el ámbito en que él se mueve hay que situar un importante cambio de dinastía en España. Con la muerte de Carlos II se extingue la dinastía de los Habsburgos y comienza la de los Borbones venidos de Francia. Me inclino a pensar que en Larramendi había una cierta que-rencia hacia los primeros y acaso una cierta prevención contra el estilo más autoritario, centralista... y antiforalista, de los segundos. Pero por otra parte, desde sus días de Bayona, parece concebir una alta estimación por Luis XIV de Francia y el esplendor de la cultura francesa de la época, como lo muestra en la carta al P.Berthier, y una velada conciencia de la decadencia de España, si bien muestra en la citada carta esperanzas de un próximo resurgir cultural.

Del siglo XVII pasó al XVIII un conjunto de ideas y problemas con vigencia y con los que se encontró— y participó en la liza— el P.Larramendi: el galicanismo, el jansenismo, el cartesianismo con el atomismo y las primeras manifestaciones del ateísmo, todo ello con más fuerte implantación en Francia, mas con derivaciones hacia la cultura española. En el ámbito político, y también en Francia, o proveniente de Francia, parece imponerse un absolutismo más decidido, que en España toma un aire innovador con Felipe V tras su victoria en la guerra de sucesión. De hecho no pocas veces, y en teorías cada vez más dominantes en otras, se levantan aires de reforma centralizada, eliminación de obstáculos —abolición de los Fueros de Cataluña y Valencia con el pretexto de que habían sido favorables a la causa del pretendiente Habsburgo, tendencia a la uniformación, por otra parte necesaria en pesos y medidas, en la eliminación de fiscalidades diferentes, etc.. Es en ese ámbito donde se plantea la defensa apasionada de Larramendi de los Fueros de Guipúzcoa y de la identidad vasca, que le ocupó y preocupó los últimos años de su vida, incluyendo en ese capítulo su defensa del euskera y de su uso.

* * *

Si del gran paréntesis pasamos al más corto paréntesis de la vida concreta de Larramendi, podíamos dividirla *grosso modo* en dos partes,

separadas por su breve paso de pocos años por la corte de Mariana de Neoburgo en el castillo de Marrac, cerca de Bayona.

La primera parte, la del proceso acumulativo en la vida de un hombre, de los diez a los cuarenta años, se divide en dos épocas: la primera la de su infancia en Andoain, cuando recibió la primera instrucción en la escuela de Hernani, donde precisamente fue cuando los niños compañeros la comenzaron a apellidar Larramendi, con este apellido profesó en la Compañía, como lo demuestra esa firma con un rúbrica impresionante, digna de un notario, que descubrí hace muchos años en Villagarcía de Campos, y que conviene advertir que es la firma del Larramendi joven, adiestrado en caligrafía en la tradición guipuzcoana, pero que cambió bien pronto por una más simple y sencilla, cambio que me gustaría someter algún día a la pericia de los grafólogos.

Ya era un mocito cuando por influencia de un tío suyo, el jesuita Hermano Miner, pasó a Bilbao, donde pronto entraría en la Compañía de Jesús. Eso quiere decir que tuvo tiempo para asimilar todo eso que recibimos del medio ambiente en que va desplegándose la infancia y la adolescencia, esas impresiones que se graban con más fuerza en la tabla rasa de nuestra conciencia, que perduran a pesar de todos los elementos superpuestos y que reverdecen con fuerza en los días de la ancianidad. Aquellos recuerdos y las nuevas noticias, prestan esa riqueza y calor que notamos en la *Corografía* de Larramendi.

Una vez dado el paso del ingreso en la Compañía, la vida de Larramendi va a seguir las pautas impuestas por su propia elección, esto es, los años largos de estudios propios de la Compañía y en los lugares clásicos de los mismos: noviciado en Villagarcía de Campos, en aquel estupendo centro donde seguía vivo el recuerdo de sus fundadores D. Luis de Quijada y Dña. Magdalena de Ulloa, y del hijo que criaron sin ser suyo, nada menos que D. Juan de Austria, el de Lepanto, cuyo afecto por el lugar se muestra en los objetos preciosos que donará a la casa y que aún hoy pueden admirarse; Filosofía en Medina del Campo, la célebre ciudad comercial castellana, próspera en el siglo XVI y más decadente en el XVIII, donde sería su maestro el célebre P. Losada, el talento filosófico más importante dentro de la Orden y en España. Luego vendrían los largos años de Teología en Salamanca, en el magnífico Colegio de la Compañía, llamado del Espíritu Santo, y más tarde de San Carlos. Sabemos que Larramendi se distinguió sobremanera como estudiante de grandísimo talento, y bastaría para demostrarlo el hecho de que de su euskera nativo pasase al dominio estupendo de las lenguas castellana y latina.

Tras diez años de acumular saberes, comienza a repartirlos como Maestro, primero enseñando Filosofía en Palencia (1720-3), más tarde

Teología en Salamanca (1723-9) y pasando luego a San Ambrosio de Valladolid. Fue un Maestro que estimulaba a los alumnos, y un orador que causaba asombro en el púlpito. Hay que resaltar que en ese contexto publicó, precisamente en Salamanca en 1729, su *El Imposible vencido*. A sus 40 años era ya un hombre hecho y derecho, con sólida formación, con ardor para el trabajo, investido de un gran renombre. El reconocía que todo se lo debía a su tío el Hermano Miner, porque todo dependía del impulso de él recibido para entrar en la Compañía. En realidad todo lo debía a la Compañía, pero el ser jesuita lo debía a su tío.

Tras el período bayonés, concluido con un amargo desengaño, Larramendi escogió el retiro de Loyola y hasta se valió del apoyo de la Reina penitente para recabar del P. General la gracia de tal elección, contraria a los deseos de sus Superiores jesuitas que lo querían llevar de nuevo a la Universidad. Este cambio de la ciudad del Tormes a Loyola, del hervidero de estudiantes, maestros y bibliotecas a la tranquilidad loyolea “sin más libros que San Antonio en el desierto, como dirá él en una carta—supone el corte de su trayectoria natural y obvia y, en tal sentido, la frustración de su persona, llamada a ser una de las grandes e insignes del siglo XVIII. En compensación venturosa supuso la dedicación de Larramendi a esa ingente labor del *Diccionario Trilingüe* y el impulso dado al cultivo y uso del euskera, que le hace acreedor al título de impulsor del renacimiento vasco. Además, desde Loyola, pudo estar presente durante treinta años en la historia viva de Guipúzcoa, intervenir en los más variados asuntos, ser formador de monjas, pacificador de pleitos públicos o privados, cuasi director del consorcio de anclas de Hernani, intermediario de D. Agustín de Leiza para la construcción de esta maravillosa parroquia de Andoain, orador sagrado en las honras fúnebres del bienhechor con un sermón que veréis editado dentro de pocos días, y tantas cosas más, que ocuparon los años de este hombre, trabajador infatigable, hasta su muerte. El desplegó estas actividades, aparentemente ajenas, con la convicción de colaborar en defensa de la paz y la justicia. Hoy la llamaríamos un jesuita “comprometido”, aunque él padeció a veces la incomprensión de sus hermanos.

* * *

En su preciosa *Corografía* Larramendi insinúa que los defectos de los guipuzcoanos “se desvanecen cuando salen a otros países, y se hacen por todos lados genios estimables”. Es la teoría que yo llamaría trasplante, esa operación que se hace con plantas y árboles y que da excelentes resultados. Larramendi fue un trasplantado, que suavizó defectos, ensanchó el espíritu, vio otros mundos. “Mal conoce Inglaterra, quien sólo conoce Inglaterra”, dice un escritor inglés. La Guipúzcoa entrañada por Larramendi en su infancia fue sin duda redescubierta por él con más

profundidad cuando pudo verla contrastada con otras tierras. Entonces la vio más hondo y la amó más. Conoció otras lenguas, otros paisajes y costumbres, amplió sin tasa el horizonte de su cultura. Por eso valoró mejor a Guipúzcoa, su “nacioncita”, como él la llama, y se convirtió en el más entusiasta admirador de la misma.

Manuel de Larramendi (1690-1766), jesuita, un guipuzcoano trasplantado y vuelto a implantar, con grande fronda, extensas ramas, estu-
pendos frutos.